



# Misión Tornillo

Mónica Rodríguez

*Ilustraciones:*  
Mónica Carretero



ANAYA

# 1

## Una misión de altura



Estaba Candela muy hacendosa agudizando el oído aquí y allá por eso de entrenarse para el espionaje, cuando oye un zumbido que cae como del espacio estelar y luego una especie de «chof».

Así: ¡Zuum chof!

Candela sintió un leve golpeteo en la cocorota.

—Vaya, ¿me habré despeinado? —se preguntó.

Pero con mucho abandono se encogió de hombros para detenerse después en aquel extraño asunto del ruido. Un ruido muy sospechoso, sí señor. Y a Candela, que no se le

escapa una, pensó: «¿Será una nueva misión que me cae de las alturas?».

Porque a Candela las misiones le vienen de arriba; le caen de lo alto; así, sencillamente, arrugadas en una bola de papel. Y además la bolita suele golpearle en la cabeza. Pero, a decir verdad, el golpe habitual suena «plaf» y no «chof», así que Candela sospechó de inmediato y se llevó la mano a la cabellera sin dejar de cavilar ni un instante.

—¡Cascarillas! —se dijo—. Algún pájaro en un aprieto ha evacuado sobre mi cabeza.

Porque, en efecto, su mano palpó una inapropiada caca en la punta del peinado. Y, como era de esperar, se llenó de alborozo.

—¡Esto trae una suerte bárbara! Seguro que me cae una misión del cielo que me viene pinitiparada.

Y es que Candela llevaba varios días sin salir a ninguna misión y la vida cotidiana, con sus idas y venidas, le empezaba a aburrir soberanamente. Lo que, por otra parte, le pasaría a



cualquiera que tuviera un carné de espía en el bolsillo y no pudiera utilizarlo.

Y entonces, «plaf», una bolita rebotó en su transitada cocorota.

¡La misión!

Cuando Candela leyó su cometido casi le da un pasmo de la emoción.

Después, con la punta del ojo, vio a un señor bastante achaparrado detrás de una papelera, metiendo barriga y todo, como para que nadie pudiera verlo.

—¡Anda, qué majo! —pensó Candela festivamente—. Un hombre jugando al escondite. ¡Y a su edad!

Luego encogió los hombros y lanzó la misión con gran deportividad sobre aquella misma papelera. Por supuesto, la bola entró de lleno en su embocadura y Candela se fue silbando con el alma espaciosa de tanta alegría.

¡La misión era de las más peligrosas que había tenido nunca!

Y aún lo sería más; porque en cuanto Candela dio la vuelta a la esquina, aquel hombre chaparro salió de detrás de la papelería para meterse de lleno en ella y sacar la bola de papel. Es cierto que con la bola arrastró una monda de plátano, dos huesos de aceitunas y un pañuelo lleno de mocos que le desmerecieron bastante. Pero al hombre no le importó. Extendió el papel y lo acercó a sus pequeños y maliciosos ojos para leer lo que decía.

—¡Bravo, bravísimo! —gritó lleno de júbilo y apestando una barbaridad—. La superagente Candela nunca logrará su misión. De eso se encarga un *servidore*.

Y todo esto lo dijo con un marcado acento italiano y una sonrisa muy, pero que muy perversa.